



Antonio Gamoneda

# La inteligencia es valiosa para la depredación. Entrevista a Antonio Gamoneda

Vicente Ordóñez  
vordonez@fsof.uned.es

Vicente Sanfélix  
Vicente.Sanfelix@uv.es

Deberán admitir y disculpar que me exprese de manera mal ordenada, y que pueda acercarme de modo poco firme o demasiado convencional a conceptos y nociones que, en el campo filosófico, están articulados en términos fijos y consabidos. No cuento con un lenguaje bien informado a los efectos de este cuestionario.

¿Se siente próximo a alguna escuela de pensamiento, corriente o sistema o, quizá, entiende la reflexión al modo socrático, a saber, como forma de vida, como peculiar modo de estar en el mundo?

Hasta mis veinte años, más o menos, permanecí en una difusa religiosidad que desplazaba las cuestiones filosóficas. Pero la fe era también débil y difusa, y podría decir que se «cayó por sí misma»; por motivos más ligados a la experiencia y la sensibilidad que reflexivos. Me quedé pues con «las inmanencias» y me desentendí de «las trascendencias». Un cierre vulgar de mi primera juventud, como puede verse. Luego vino la lectura de los existencialistas literarios, no estrictamente filósofos (Sartre y Camus; lateral y posterior, también Ciorán), que convenían a mi «elección» espontánea y joven. «El hombre es una pasión inútil». De acuerdo, pero quizá no totalmente. Apareció en mí el que no llegaría a ser disenso: «Bajé los ojos / ante el mundo. Cubrí con una sombra / mi vergüenza y mi pena. Me dispuse / a una fraternidad sin esperanza». El poema, incluido en *Blues castellano*, escrito –el poema– hacia 1958-1960, lleva una cita de Henri Lefebvre. Yo había entrado, siete u ocho años antes, en las lecturas, las convicciones y la

*praxis* marxistas. Todo ello, como en los años religiosos, de modo relativamente difuso. Así sigo por lo que concierne a la filosofía; en el «recuelo» del existencialismo y el marxismo. Con muy pocas lecturas puntualmente filosóficas, aunque entiendo y acepto que el pensamiento poético está, casi siempre, «veteado» por el pensamiento filosófico. Curiosamente, yo suelo decir –y seguiré diciendo– que el pensamiento poético es «pensamiento impensado». (La explicación es larga; arreglémonos conviniendo que «impensado igual espontáneo»). Con este equipaje, parece claro que poco o nada va conmigo de escuela o sistema, y que cabe acomodarme, ocupando poco sitio, en la manera socrática.

Platón, Aristóteles, Descartes, Hegel, Wittgenstein o María Zambrano son pensadores que han reflexionado sobre los vasos comunicantes y, al tiempo, las distancias y diferencias que hallan entre filosofía y poesía. ¿Encuentra que esos dos ámbitos son independientes o por el contrario cree que hay superficies de contacto, orillas o puntos que conectan una a la otra?

Formalmente los veo independientes (sistema *versus* espontaneidad), y no tanto ¿esencialmente? «Esencialmente» puede ser una palabra excesiva. Ya he mencionado un «veteado». Este puede darse grueso y nada superficial, aun siendo espontáneo. Dejémoslo así. Yo apenas he reparado en lo que los filósofos vienen opinando de la poesía, que permanece indefinida, aunque sean los filósofos quienes han hecho las aproximaciones más inteligentes a la definición. La poesía cierta (suelo decir también que *la poesía no es literatura* y casi lo pruebo) es una experiencia radicalmente subjetiva. ¿Cómo aprehender la subjetividad en modo tan suficiente que permita definiciones? Los filósofos pueden tener tantas o tan pocas posibilidades de hacerlo como los neurocientíficos, por ejemplo, que lo han intentado, creo, y lo han dejado «para más adelante». Se les podría ayudar, pero quizá no se dejen. En resumen, «orillas conectadas» sí, pero con una conexión imprecisa. Como en los ríos, las orillas no tienen la misma naturaleza, y, en cuanto al hecho, podría ser más adecuado decir que se interpenetran. La poesía es (cabe que sea, véase T. S. Eliot, *Función de la poesía, función de la crítica*) antes sensible que inteligible. Diferencia fuerte con la filosofía, ¿no?

¿Considera que la poesía oscila entre la precariedad de no poseer un sistema de pruebas que legitime su discurso y el privilegio del ahora, lo que le permite una experiencia y una reflexión inaudita sobre la realidad?

Creo que la poesía no necesita ni le conviene un «sistema de pruebas», y que el «ahora» no es solo un privilegio sino, también y principalmente, una condición insoslayable de su instantaneidad. Si la poesía es un hecho viviente y vivido, la

«experiencia» se dará, pero la «reflexión», si no imposible, sí se me representa improbable (insisto en la premisa de la instantaneidad). Es obvio, sin embargo, que puede darse la reflexión, pero será exterior (previa o posterior), aunque relacionada. Si se da íntima y presente, creo que no será bueno para el curso de la poesía, es decir: *su instante* no será poético. Pero dejo en el aire algo tan presuntamente serio como que la poesía es/no es un hecho viviente y vivido. Pienso que sí, y que lo confirma, incluso, su dependencia biológica inmediata (Mallarmé muere de un espasmo de glotis, tratando, sin lograrlo, de acabar *Herodías*. Y Juan de la Cruz. ¿Qué sería de sus circuitos neuronales y de su presión arterial cuando «En la interior bodega / de mi Amado bebí, y, cuando salía / por toda aquesta vega / ya cosa no sabía» –debo puntualizar que yo no distingo radicalmente la experiencia mística de la experiencia poética–). Pero, además, y con todas sus consecuencias, no olvidemos que la poesía es un hecho *sensible*, es decir, *físico*. La poesía nace y se hace en la oralidad y la oralidad es física.

La palabra con la que se abre la poesía occidental es 'ira' o 'cólera' (*ménis*) en un contexto, la lucha que enfrenta a aqueos y troyanos, provocado en parte por el dios de la inspiración profética, de la lira y las artes, Apolo. No es, por tanto, un apasionado canto entre amado y amada, tampoco una oda a la belleza en alguna de sus muchas variantes. ¿Qué hay en la poesía de fuerza, pujanza, antagonismo?

Entramos en un terreno largo y resbaladizo. También aquí pelean aqueos y troyanos. Por un lado, idealistas, puristas o formalistas obstinados; por otro, sociales, críticos o rebeldes, también obstinados. Todos, *a priori*, respecto del *instante*. Creo que yo habré entrado alguna vez en cualquiera de estas «categorías», pero no con obstinación; mi opinión debería ser pasablemente ecléctica. Simplificando un poco, el núcleo de la discrepancia parece estar en primar la pureza estética obligada o primar la impureza obligada, adscrita esta a una moral presuntamente utilitaria. Y las bases objetivas y enfrentadas de unos y otros serán: una calidad formal y temática «realizada desde siempre» *versus* las «realidades objetivas» históricamente actuales y creadoras de injusticia. No hay diálogo, sino afincamiento terco y perjudicial para la poesía en los dos casos. Sartre me parece lúcido cuando, en *Orfeo negro* (es una pieza menor y no estoy seguro del título, pero, aunque no literalmente, sí lo estoy de su argumentación), viene a decir que «siendo la poesía irreparablemente subjetiva, de nada sirve, en términos revolucionarios, frente a la naturaleza objetiva de las estructuras que habría de revolucionar». Lúcido Sartre, sí (denuncia la falsificación y/o la inoperancia de las composiciones *forzadas a alguna objetividad*), pero incompleto también: olvida las posibilidades de una poesía que activase precisamente la conciencia (la subjetividad) en un sentido tal que la hiciera *proclive a la praxis revolucionaria*. Esta es la situación

y estos, mis pareceres. Creo que puede ser más exacto situar la disyuntiva en subjetividad *versus* objetivación, que confiarla a inspiración, belleza *versus* ira, cólera. El problema permanece, aunque cargue ya cierto aburrimiento. La situación –en la que me incluyo– no me parece buena en ninguno de sus casos.

Quien habla como lo hace en estos versos: «todo era verdad bajo los árboles, / todo era verdad. Yo comprendía / todas las cosas como se comprende / un fruto con la boca, una luz con los ojos» (*Exentos I*), ¿qué «verdad» soñará alcanzar? ¿En qué sentido la poesía puede poseer la verdad o ser verdadera?

Habla el poeta –aceptemos que yo mismo–. Hace muchos años que los escribí y pienso que los suscribo ahora mismo. Con una aclaración: hay que ponerlos en el orden de los deseos. En las dos ocasiones. De alguna manera, parecen concordar con propuestas como «La poesía es antes sensible que inteligible», y parecen inclinados a suponer que la verdad (cuando menos la verdad intelectual) es difícilmente identificable. En esta situación, la experiencia sensible se ofrece cierta y consoladora. Pero no puedo calcular las veces que me habré apartado de estos deseos y de la que pueda ser su representación poética. Tengo muy a mano un poema, escrito hace muy poco tiempo, que es una de esas veces. Es del poemario en que estoy trabajando. El poema no tiene título. El libro, parece que va a tener el de *Cancionero de la indiferencia*. Doy un fragmento:

Por su parte, la inteligencia es valiosa para la depredación (puede tener alguna virtud más pero no es muy probable).

En cuanto a la verdad, la verdad es mucho más y menos que improbable: excede los significados y se excede con frecuencia a sí misma. Por similitud, cabe recordar que la lucidez está objetivamente vacía.

Llamo la atención sobre lo que este fragmento pueda suponer de contradicción –y de fracaso–, confrontado con nociones preferidas, algunas de las cuales he reflejado en los párrafos anteriores de este escrito. No es muy estimulante, pero sucede.

.....  
VICENTE ORDÓÑEZ ROIG es profesor de Filosofía moral y política en la UNED. En 2014 fue galardonado con el Premio Nacional de Ensayo concedido por la Universidad Complutense de Madrid por su obra *El ridículo como instrumento político*.

VICENTE SANFÉLIX VIDARTE imparte clases de Teoría del conocimiento en la Facultat de Filosofia de la Universitat de València. Es autor de diversos artículos, capítulos de libros y libros sobre problemas epistemológicos y pensadores modernos y contemporáneos.